

# Resistencias colectivas, futuros imaginados

por **Jo-Marie Burt** | George Mason University | jmburt@gmu.edu

**María Eugenia Ulfe** | Pontificia Universidad Católica del Perú | mulfe@pucp.edu.pe

Desde la historia política y la teoría poscolonial, autores como James Scott, Ranajit Guha y Gayatri Spivak han descrito y conceptualizado formas de resistencia frente a opresiones y violencias diferentes. Estas prácticas de resistencia son impulsadas por grupos que no pertenecen a los centros y las dinámicas de poder, pero que construyen su agencia y agentividad como modos de acción capaces de imaginar un cambio en el sentido de las cosas. Las prácticas de resistencia toman formas distintas y es importante situarlas históricamente. Con este fin, invitamos a colegas de disciplinas y especialidades distintas a reflexionar sobre las diferentes experiencias latinoamericanas para pensar en las prácticas y en los discursos de resistencia colectiva y también en la posibilidad de imaginar futuros distintos. Este dossier dialoga con el área temática especial del mismo nombre para LASA 2024, así como el tema principal del Congreso, **Reacción y resistencia: imaginando futuros posibles en las Américas**, que será del 12 al 15 de junio de 2024 en Bogotá, Colombia.

En los últimos años se han producido una serie de estallidos sociales en diferentes países latinoamericanos, especialmente del sur. Los estallidos sociales no han sido sólo respuestas a políticas definidas, sino que también parten de una insatisfacción que tiene décadas en ebullición. El sistema neoliberal trajo consigo un retroceso del Estado, privatizaciones en servicios básicos como salud y educación que en Latinoamérica se han sentido durante la pandemia haciendo más evidente la desigualdad y la dominación. Estas protestas han colocado importantes temas en agenda como fallas en las transiciones a la democracia, en el modelo

neoliberal y la exclusión histórica de comunidades indígenas y afrodescendientes de la toma de decisiones.

El estallido social en Chile en 2019 empezó con una protesta por la alza de tarifas en el transporte público pero en poco tiempo su enfoque se amplió para cuestionar todo el sistema político y económico heredado por Pinochet, resumido en el slogan “no son 30 pesos, son 30 años”. En Colombia, las movilizaciones sociales que estallaron en 2021 en respuesta a las reformas económicas evolucionaron en críticas al incumplimiento de los acuerdos de paz y a los actores de la guerra, así como a un sistema político que excluye a las poblaciones indígenas y afrocolombianas. En Panamá, en 2022 hubo varios paros por el alza del costo de la canasta familiar, los medicamentos y la gasolina en la que se unieron una serie importante de organizaciones gremiales e indígenas para presionar por una mesa de diálogo que tuvo importantes resultados para la ciudadanía. En Perú, desde diciembre de 2022, vienen produciéndose importantes manifestaciones en diferentes regiones reclamando una mayor representación indígena en la toma de decisiones en la nación. En estos y otros casos se aprecia cómo mujeres, jóvenes, escolares, y personas indígenas y afrodescendientes imaginan posibilidades de cambio en las formas de hacer política para tener mayor representación política, dignidad y bienestar para ellas, ellos y sus comunidades.

Precisamente, dos de los artículos de este dossier analizan casos de los países antes mencionados. Claudio Barrientos coloca la atención en la población LGTBIANB+ en Chile, su papel durante la dictadura y su emergencia

en el periodo de la transición. Cincuenta años después, este movimiento diverso se ha sumado a las organizaciones de derechos humanos en protesta por el esclarecimiento de los crímenes contra civiles en dictadura. También saltaron el metro en Santiago uniéndose a la protesta de miles de estudiantes, mujeres e indígenas mapuche. Carmen Ilizarbe Pizarro analiza el estallido peruano como un tiempo político extraordinario de degradación institucional. Ella utiliza la categoría de “poder destituyente” para explicar cómo funciona una democracia que no cuenta con autoridades que tengan legitimidad política, sin ley que organice al gobierno y una representación política que es cada vez más discutida. Como en el caso chileno, el estallido peruano trae otros sujetos políticos: miembros de comunidades campesinas y pueblos indígenas, muchas mujeres y jóvenes cansados de ser gobernados bajo formas estamentales que solo reproducen jerarquías e inequidades. Se puede usar la metáfora del “salto” del metro en el caso chileno para reflexionar sobre las relaciones intergeneracionales que ahí se dan y destacar el aporte de las mujeres y de poblaciones indígenas. Los feminismos están presentes en la manera en cómo rompen dicotomías, subvierten órdenes y situaciones asumidas como dadas y son capaces de impregnar otras formas de hacer política a través del cuidado y lo colectivo.

En este sentido, hay otras formas de resistencias colectivas que se vislumbran en las Américas. Estas tienen rostros de mujeres y diversidades y traen consigo otras formas de manifestarse, y como señala Barbara Sutton en este número, se trata de reivindicaciones históricas que se conectan también con los derechos humanos. Las feministas han realizado movilizaciones creativas para denunciar el feminicidio y la violencia sexual, y para garantizar los derechos reproductivos de las mujeres. Frente a la agobiante impunidad por la práctica de la desaparición forzada, las madres buscadoras en México y las de los falsos-positivos en Colombia han emprendido sus propias búsquedas para lo cual han desarrollado conocimientos y técnicas para encontrar algún vestigio de sus familiares desaparecidos, desafiando de esta manera el poder del Estado y las narrativas hegemónicas y negacionistas sobre

la práctica de la desaparición forzada. En su nota para este dossier, Natalia Quiceno Torres e Isabel Cristina González-Arango analizan los repertorios por donde transitan las memorias y sus disputas para el caso colombiano. Señalan cómo para sobrevivientes del conflicto, tejer es una forma de activar el recuerdo que se conecta entre cuerpos femeninos, territorios y que trasciende Colombia para conectarse con otras prácticas de tejidos y bordados como las arpilleras en Chile o la Chalina de la Esperanza en el caso peruano. Estas no son solo prácticas de recuerdo sino también formas de construcción de comunidades. Tejer y bordar son acciones que coadyuvan a intentar (re) construir entramados sociales.

Las movilizaciones feministas toman las calles también para unirse a otras protestas que tienen que ver con procesos de larga historia como los derechos humanos, y también con dimensiones organizativas particulares. En su artículo sobre Guatemala, Gladys Tzul Tzul analiza la participación indígena en la resistencia colectiva a un régimen excluyente y discriminatorio, a su vez que subraya la capacidad organizativa de estas poblaciones, tanto en territorio guatemalteco como de quienes están en la diáspora. La resistencia toma una forma única y tampoco se da en un territorio determinado sino que es transnacional, y podríamos añadir también, que combina formas presenciales y digitales. En su artículo sobre Bolivia, Linda Farthing analiza cómo el movimiento indígena se movilizó en respuesta al golpe de Estado de Jeanine Añez en 2019. La autora estudia la calle como un espacio central en la disputa de poder en Bolivia. A su vez, señala que los tiempos de la política no solo son los periodos electorales. Los tiempos de la política son también aquellos en los cuales se puede apreciar la efervescencia de otros y otras ciudadanas y su participación histórica en intervenir en el espacio público, un ejemplo de resistencia colectiva con amplias repercusiones.

Las resistencias colectivas que son analizadas en este dossier son parte de un proceso más amplio de cómo, desde el pueblo, desde sus formas organizativas e imaginarios, esperanzas y necesidades, es posible imaginar y construir futuros más justos. //